



Dino Buzzati  
El gran retrato

Traducción de Carlos Manzano

El gran retrato es una inequívoca muestra más de la gran calidad y personalidad literaria de Dino Buzzati, y junto con *El desierto de los Tártaros* y *Un amor*, puede verse como parte de una suerte de trilogía. En *El gran retrato* encontramos un nuevo y magistral reflejo de la inquietud de Buzzati hacia la vida y su misterio esencial, que se entrelaza aquí con su visión del amor como obsesión, como condena y como salvación. El gran retrato es una novela de planteamiento y argumento sumamente originales que cabría adscribir a un peculiar género de "ciencia ficción metafísica" o "ciencia ficción amorosa". Pero mejor que someterla a cualquier clasificación es decir que se trata de otra gran novela de Buzzati, en toda la extensión del término, inquietante, conmovedora, sugerente y enriquecedora.

## I

En abril de 1972, el profesor Ermanno Ismani, de 43 años, catedrático de Electrónica en la Universidad de X, hombre bajo, grueso y de humor alegre, pero pusilánime, recibió una carta del Ministerio de Defensa en la que le rogaban que se entrevistara con el coronel Giaquinto, jefe de la Oficina de Estudios. La invitación revestía carácter urgente.

Sin imaginar ni de lejos de qué se trataba, Ismani, quien siempre había tenido un complejo de inferioridad ante la autoridad constituida, se apresuró a presentarse aquel mismo día en el Ministerio.

Nunca había estado allí. Con su habitual cortedad, se asomó a la antecámara. Al instante un centinela de uniforme se le plantó delante y le preguntó qué deseaba. Él enseñó la carta.

Tras echar un vistazo al papel, el centinela, que lo había interpelado con cierta brusquedad (Ismani, descuidado en el vestir y de movimientos torpes, parecía un tipo al que no se debía tomar en serio), se volvió, como por encanto, otro. Se disculpó, rogó a Ismani que esperara un momento y se precipitó en una habitación contigua.

Acudió un subteniente, quien le pidió que le enseñase la carta, la leyó, puso una sonrisa levemente cohibida y con marcada obsequiosidad rogó a Ismani que lo siguiera.

«Pero, ¿qué tendrá de extraño esta carta?», se preguntaba Ismani, un poco intrigado. «¿Por qué, después de haberla visto, me tratan como a un pez gordo?».

A él le había parecido una comunicación oficial como cualquier otra.

También los otros oficiales, de graduación cada vez más alta, en los sucesivos despachos por los que hicieron pasar a Ismani, volvieron a mostrar esa consideración casi temerosa. Tenía incluso la agradable impresión de que cada uno de aquellos oficiales, nada más ver la carta, tenía prisa por pasar el asunto a otros, más autorizados: como si él, Ismani, fuera un personaje al que tratar con toda consideración, pero incómodo, si no peligroso incluso.

El coronel Giaquinto debía de tener una autoridad extraordinaria, bastante mayor de lo que hacía suponer su graduación, en vista de las muchas barreras de control que Ismani hubo de cruzar para llegar hasta él.

Giaquinto, hombre de unos cincuenta años, que vestía de paisano, lo acogió con deferencia. No había ninguna necesidad, dijo, de que Ismani se apresurara tanto. La urgencia a la que se hacía referencia en la carta era una formalidad habitual en casi todas las diligencias de su despacho.

«Para no hacerle perder tiempo, profesor, me apresuro a explicarle el asunto o, mejor dicho», y en aquel punto puso una sonrisita alusiva, «le expondré los términos de la cuestión que el Ministerio desea plantearle. Yo mismo no sé, la verdad, de qué se trata exactamente. Como comprenderá usted, profesor, en ciertos sectores las cautelas nunca son excesivas. Más aún: he de significarle al respecto que a cualquier otro se le pediría un precautorio compromiso de honor para que guardara el más riguroso secreto... pero en su caso, profesor... su personalidad... sus títulos... su pasado de combatiente... su prestigio...».

“Pero, ¿adónde querrá ir a parar?” se preguntó Ismani, que sentía aumentar su incomodidad. Dijo:

«Discúlpeme, coronel, no comprendo».

El coronel lo miró con vaga ironía, se levantó del escritorio, se sacó del bolsillo un manojito de llaves, abrió un ma-

cizo mueble metálico, sacó de él una carpeta y volvió al escritorio.

«Aquí está», dijo, al tiempo que consultaba unas hojas escritas a máquina. «¿Está usted dispuesto, profesor Ismani, a prestar un servicio a la Nación?».

«¿Yo? ¡Claro que sí!». La sospecha de que se tratara de un equívoco flagrante resultaba cada vez más creíble.

«No lo dudábamos, profesor», dijo Giaquinto. «Sus sentimientos no son un misterio en las alturas. Precisamente por eso nos fiamos de usted».

«Pero yo... la verdad, no comprendo...».

«¿Estaría usted dispuesto, profesor», preguntó el coronel, cambiando de tono y recalcando las palabras, «a trasladarse por un período mínimo de dos años a una de nuestras zonas militares para participar en un trabajo del mayor interés nacional y de un valor científico excepcional? Por lo que se refiere a su puesto universitario, estaría en misión oficial con el sueldo íntegro, claro está, más un considerable complemento cuyo monto exacto no estoy en condiciones de especificar, pero se trataría de unas veinte o veintidós mil liras al día».

«¿Al día?», dijo Ismani, asombrado.

«Además de un alojamiento espacioso y confortable, dotado de todas las comodidades modernas. La localidad, por lo que leo aquí, es de lo más salubre y agradable. ¿Un cigarrillo?».

«Gracias, no fumo, pero, ¿de qué trabajo se trata?».

«En la propia designación del Ministerio resulta implícito, me parece, que se ha tenido en cuenta su competencia específica... Una vez cumplida la misión, el Gobierno no dejará, naturalmente, de manifestar de forma tangible... teniendo en cuenta, además, el innegable sacrificio de la residencia...».

«¿Por qué? ¿No podré moverme de allí?».

«La propia importancia del cometido...».

«¿Por dos años? ¿Y la Universidad? ¿Las clases?».

«Puedo asegurarle —aunque yo, como ya le he dicho, no conozco la naturaleza de la empresa— que se le brindará la oportunidad de hacer investigaciones sumamente interesantes... pero, si he de serle sincero, debo añadir que nunca se han abrigado dudas sobre cuál sería su respuesta».

«¿Y con quién...?».

«No estoy en condiciones de responder, pero puedo darle un nombre, un gran nombre: Endriade».

«¿Endriade? Pero, ¿si ahora se encuentra en el Brasil!».

«Sí, desde luego, en el Brasil, oficialmente», y el coronel guiñó un ojo. «No, no, profesor, no hay motivo alguno para preocuparse. Tal vez esté usted un poco nervioso, ¿verdad?».

«¿Yo? Pues no sé...».

«¿Y quién no está nervioso hoy día, con la agitada vida que llevamos? En este caso estaría —se lo garantizo— totalmente fuera de lugar. Se trata de una propuesta —tengo el deber de subrayarlo— halagadora y, además, es que no hay prisa. Váyase a casa, profesor, y continúe con su vida habitual...», sonrió, «... como si no le hubiera dicho nada... como si —entiéndame bien— nunca hubiese puesto los pies en este despacho... pero piénselo... Llegado el caso, telefonéme...».

«¿Y mi mujer? Mire, coronel, tal vez se ría usted, pero apenas hace dos años que nos casamos...».

«Felicidades, profesor...», el coronel arrugó las cejas, como si lo considerara un problema difícil, «pero no es que... si usted sale personalmente garante...».

«Oh, mi mujer es una persona tan sencilla, tan ingenua, no hay peligro de que... Por lo demás, nunca se ha interesado en mis estudios».

«Mejor así, creo yo», dijo el coronel y se rió.

«Coronel, antes de...».

«Diga, diga...».

«Antes de una posible decisión en un sentido o en otro, ¿no podría...?».

«¿Saber algo más, quiere usted decir?».

«Pues sí. Plantarlo todo durante dos años sin siquiera saber qué...».

«Pues mire, a ese respecto, profesor, debe usted tener paciencia. Puedo darle mi palabra de que no sé nada más de lo que le he dicho. Más aún: tal vez no quiera usted creerme, pero me temo que en todo el Ministerio no hay una sola persona —ni una sola, ¿comprende?— que esté en condiciones de especificarlo. Parece absurdo, lo sé. Tal vez ni siquiera el Jefe del Estado Mayor... A veces la máquina del secreto militar resulta paradójica incluso. Nuestra misión es proteger el secreto. Ahora bien, lo que va oculto en él no debe interesarnos... Ah, pero en dos años tendrá usted tiempo de informarse, todo el tiempo que desee, me parece...».

«Pero discúlpeme: entonces, ¿cómo han hecho, por ejemplo, para elegirme?».

«¿Nosotros? En absoluto hemos sido nosotros. La indicación, la propuesta, vino de la propia zona».

«¿De Endriade?».

«No me haga decir lo que no he dicho, profesor. Puede que haya sido Endriade, pero no lo sé exactamente... No, no, profesor, no hay prisa. Vuelva usted a sus estudios, como si no le hubiera dicho ni palabra, y gracias por haber venido. No quiero hacerle perder más tiempo». Se levantó para acompañar a Ismani hasta la puerta. «No hay la menor prisa... pero piénselo, profesor, y en caso...».

## II

La propuesta precipitó al profesor Ismani en un abismo de aprensiones. Si hubiera obedecido al instinto, que lo inclinaba sólo a la quietud, a la conservación de las *res sistantes*, a la regla de una existencia sedentaria y sin sacudidas, habría respondido inmediatamente que no.

Pero su propia medrosidad lo inducía a aceptar. Como hombre honrado donde los hubiese que era, si bien la idea de verse exiliado por dos años en un destino misterioso para hacer un trabajo que acaso no le agradara, bajo la dura constricción del secreto y entre gente desconocida (porque a Endriade, lumbrera de la física, lo había visto un par de veces apenas en la barahúnda de los congresos), le infundía sentimientos cercanos al terror, aún más difícil le resultaba abstraerse a lo que se le había planteado como su deber de ciudadano y científico.

En la guerra había sido un valiente, pero no por un desprecio natural del peligro. Todo lo contrario: había sido siempre el miedo a parecer pusilánime, a ser castigado, a no merecer la confianza que le demostraban los soldados, a ser indigno de su graduación lo que le había hecho superar, con indecibles sufrimientos del ánimo, el otro miedo, el físico, del fuego enemigo, las heridas, la muerte. Ahora se encontraba en las mismas condiciones.

Corrió a casa para franquearse con su mujer, Elisa, 15 años más joven que él, pero mucho más madura y fuerte a la hora de afrontar los problemas de la vida.

Elisa era una mujer de poca estatura y rellenita, pero sólida. Su rostro ancho y redondo expresaba, en todas las cir-

cunstancias, una decisión plácida y serena. Dondequiera que se encontrase, incluso en los lugares más inhóspitos e incómodos, al cabo de pocos minutos tenía la apariencia de encontrarse perfectamente a gusto. Adonde ella llegaba, de súbito la inquietud, la suciedad, el desorden, la incomodidad desaparecían inexplicablemente. Como esposa, era para Ismani, tan desprotegido en la vida práctica y preocupado por cualquier nimiedad, una fortuna incalculable. Precisamente el contraste entre los dos temperamentos era, como sucede con frecuencia, el primer motivo, probablemente, de lo mucho que se querían el uno al otro y a hacer feliz aquella unión contribuía, desde luego, que Elisa no hubiera superado la enseñanza secundaria, no tuviese la más remota idea de los estudios de su marido y, aun considerándolo un genio, no se interesara por su trabajo, salvo para impedirle por las noches permanecer en vela hasta demasiado tarde.

Apenas había tenido tiempo de entrar en el vestíbulo cuando ya ella, que había salido a su encuentro con el delantal puesto y una cuchara en la mano, lo apuntó a la frente con el dedo índice.

«No me digas nada. Ya lo sé. Te han propuesto un nuevo trabajo».

«¿Y cómo lo sabes?».

«Querido mío, basta con mirarte a la cara, pareces Napoleón a punto de partir para Santa Helena».

«¿Quién te lo ha dicho?».

«¿El qué?».

«Lo de Santa Helena».

«¿Tendrías que ir a Santa Helena?», una sombra pasó por su sonrisa.

«Algo parecido a Santa Helena precisamente, pero no se lo cuentas a nadie. Si se supiera por ahí, podría tener problemas».

Tuvo un sobresalto, abrió de golpe la puerta, que se había cerrado sola a sus espaldas, se asomó a la escalera y

miró abajo.

«¿Qué haces?».

«Me había parecido oír pasos».

«¿Y qué?».

«No me gustaría que hubiera habido alguien escuchando».

«Pero me estás asustando, Ermanno, pero entonces es de verdad un asunto serio...», se rió con ganas. «Ven aquí, ven aquí, a la cocina, y cuéntame. Aquí nadie nos escucha, te lo aseguro».

Con cierta dificultad, porque tenía una gran confusión en la cabeza, Ismani le contó la conversación con Giaquinto.

«Y tú has aceptado, ¿verdad?».

«¿Por qué?».

«¡Ay, maridito mío! ¡Menudo si aceptarás!».

«¿Lo dices por el sueldo que me dan?»., dijo él, decepcionado, porque quería mostrarse por encima de la vulgaridad del dinero.

«¡Qué va a ser por el sueldo! El deber... la misión... el amor a la patria... ¡Oh! Han sabido atraparte por donde debían, bien que han sabido. No es que yo te lo reproche, verdad...», soltó una carcajada, «con más de seiscientas mil liras al mes, sin contar el sueldo...».

«¿Ya has hecho la cuenta, tú?», dijo él y se sintió —a saber por qué— tranquilizado.

«Pero, ¿cuándo habías soñado tú con una paga semejante? Ya me parece ver a tus colegas con la cara amarilla de envidia. Pero, ¿qué es? ¿Una instalación atómica?».

«No me han explicado nada».

«Si hay tanto secreto, será la bomba atómica... pero... ¿tú entiendes de esos asuntos? No me parece que sea tu ramo».

«No sé nada, no sé nada».

Elisa se quedó pensativa:

«Claro, tú no eres físico. Si te han elegido a ti precisamente...».

«Eso no quiere decir nada. También en una instalación atómica, sobre todo en la fase de proyecto, podrían perfectamente necesitar a alguien como yo, especializado en...».

«Entonces, una instalación atómica... ¿Y para cuándo?».

«Para cuándo, ¿qué?».

«La partida».

«No sé nada. No he aceptado aún».

«Pero aceptarás, ¡menudo si aceptarás! Sólo habría un caso en el que dirías que no, tal vez».

«¿Qué caso?».

«El de que tuvieras que ir solo, que yo no pudiese acompañarte. Tal vez», y sonreía.

«Parece ser que se trata, además, de un lugar muy bonito», dijo Ismani.

## III

Ismani y su mujer partieron hacia la «zona militar 36» al principio de junio, a bordo de un automóvil del Ministerio de Defensa. Conducía un soldado. Los acompañaba el capitán Vestro, del Estado Mayor, de unos 35 años, achaparrado, de ojos pequeños, intensos, irónicos.

Al partir, los Ismani sabían que debían llegar a la Val Texeruda, célebre zona de veraneo, donde también Elisa había pasado unas vacaciones, de niña, muchos años atrás, pero no sabían nada más. Al norte de la Val Texeruda, se erguía un vasto macizo de montañas. Tal vez allí arriba, en algún rincón remoto, encerrado entre las rocas, o en medio de los bosques o en un paraje alpino del que hubieran evacuado a sus habitantes y que hubiesen transformado en base militar, fuera su destino.

«Capitán», preguntaba la señora Ismani, «pero, ¿adónde nos lleva exactamente?».

Vestro hablaba despacio, como buscando una por una las palabras, tal vez por prudencia, como si temiera dejar escapar indiscreciones.

«Mire aquí, señora», respondió, al tiempo que le enseñaba una hoja escrita a máquina, pero sin entregársela. «Aquí está el horario de marcha previsto. Esta noche nos detendremos en Crea. Mañana, partida a las ocho y media, por la nacional hasta Sant'Agostino. Desde allí hay una carretera militar. Yo tendré el placer y el honor de acompañarlos hasta el puesto de guardia. Allí concluirá mi misión. Otro coche vendrá a recogerlos».

«Pero usted, capitán, ¿ha estado alguna vez allí?».

«¿Dónde?».

«En la zona militar 36».

«No, señora, no he estado nunca allí».

«¿Y qué es? ¿Una instalación atómica?».

«Instalación atómica...», repitió con una inflexión ambigua. «Sería interesante para el profesor, supongo».

«Pero yo se lo preguntaba a usted, capitán».

«¿A mí? Pero si yo no sé absolutamente nada».

«Reconocerá entonces que es muy curioso. Usted no sabe nada, mi marido no sabe nada, en el Ministerio no saben nada, en el Ministerio se mostraron exageradamente reticentes, ¿verdad, Ermanno?».

«¿Reticentes? ¿Por qué?», dijo Ismani. «Estuvieron amabilísimos».

Vestro mostró una sonrisita.

«¿Ves como tenía yo razón?», dijo Elisa.

«¿Por qué, querida?».

«Que te han llamado para la atómica».

«Pero si el capitán no ha dicho nada».

«Pues entonces», insistió la mujer, «¿qué hacen en esa zona militar 36, si no se trata de la atómica?».

«Atención, Morra», exclamó el capitán, esa vez sin pesar las palabras, ya que estaban adelantando un gran camión y la carretera era bastante estrecha, pero, en realidad, no parecía que hubiese motivo de alarma. Era un tramo rectilíneo y por la parte opuesta no avanzaba nadie.

«Decía», prosiguió Elisa Ismani, «que, si no se trata de la atómica, ¿qué hay en ese lugar al que vamos? ¿Y por qué no nos lo dicen? Aunque fuera secreto militar, nosotros, me parece... más que ir en persona...».

«Se ha referido usted a una instalación atómica».

«No me he referido. Sólo se lo preguntaba».

«Mire, señora», la respuesta pareció salir del capitán Vestro con dificultad, «creo que se verá usted obligada a tener paciencia hasta que se encuentre en el lugar. Le aseguro que yo no estoy en condiciones de responder».

«Pero usted lo sabe, ¿verdad?».

«Ya le he dicho, señora, que yo nunca he estado».

«Pero sabe de qué se trata, ¿no?».

Ismani escuchaba, ansioso.

«Mire, señora, y discúlpeme la pedantería, hay tres posibilidades: o no es algo secreto, pero yo no lo conozco, o lo conozco, pero es secreto, o es secreto y, además, no lo conozco. Ya ve que en cualquier caso...».

«Pero podría usted decirnos», objetó Elisa, «de cuál de los tres casos se trata».

«Según», rebatió el oficial, «depende del grado del secreto. Si se tratara del secreto del primer grado, como ocurre con frecuencia en los planes operativos, se hace extensivo —y así lo prescribe la norma expresamente— también a todo lo que tiene que ver con ello, aun lejana y parcialmente, aun de forma indirecta y negativa. ¿Y qué quiere decir de forma negativa? Pues que, si uno sabe que hay un secreto de esa clase, pero no lo conoce, le está prohibido revelar incluso esa ignorancia suya y observe, señora: se trata de una restricción, en apariencia, absurda, pero hay motivos válidos para ello. Consideremos, por ejemplo, nuestro caso: la zona militar 36. Pues bien, mi simple reconocimiento de no estar al corriente, dadas mi graduación y mis funciones, podría ofrecer un indicio, aunque mínimo, a quien...».

«Pero, ¿usted sabe quiénes somos nosotros!», exclamó la señora Ismani, polémica. «El simple hecho de que usted nos acompañe excluye, me parece a mí, cualquier posibilidad de sospecha».

«Señora, en la entrada de la Academia Militar, en el vestíbulo —supongo que usted no habrá estado nunca allí— hay un letrero que dice así: “El secreto no tiene familia ni amigos”. Resulta duro en ciertas situaciones, duro y desagradable para el prójimo, lo reconozco...». Pareció extenuado con la larga explicación.

La señora Ismani se rió:

«En una palabra, me da usted a entender diplomáticamente que no puede —o no quiere— decir qué hay en esa dichosa zona militar...».

«Pero, señora», precisó el capitán con su flema didáctica, «yo en ningún momento le he dicho que lo supiera».

«De acuerdo, de acuerdo. He sido un poco pesada. Disculpe».

El oficial guardó silencio.

Pasaron unos cinco minutos y después Ismani, tímidamente, dijo:

«Perdóneme, capitán. Decía usted que los casos eran tres. En realidad, eran cuatro, porque podría ser también que no fuera secreto y usted lo conociese».

«No he citado ese caso», explicó Vestro, «porque me parece superfluo».

«¿Superfluo?».

«Claro. En ese caso... en ese caso, ¡les habría ya contado todo hace rato! ¡Atención, Morra!».

Pero también la advertencia al conductor era superflua: la curva de la que estaban saliendo era amplísima y el coche no superaba los sesenta kilómetros por hora.